

Ese lugar que es todos los lugares

Manuel Capetillo

Para Ricardo Díazmuñoz

Escribo, las palabras se escriben antes de cruzar el tiempo de mi reflexión. Me repito la inocencia de una tenacidad que no es la mía. Acepto el don de la Palabra, del Universo y de mí. Observo mi dolor y el dolor compartido con los hombres todos, y más me pesa extraviarme de su sufrimiento. Me sitúo en su goce, como si lo inventara, pues jamás me pareció que de la vida disfrutaran, pienso que de otra manera, semejante a la mía, aun comprendiendo que dentro de ellos las líneas de su deseo original llegan al centro de cada plano que constituye cada cubo de la inmensidad líquida y que lo traspasan.

Las rocas informes de la ciudad informe substituyen los puntos de la construcción, donde la estructura se reúne en la piedra angular, y ésta se dispersa. Las líneas son puntos sucesivos que al punto aniquilan la edificación posible, la que apenas iniciábase en el proyecto de la solidez del punto, cuya ausencia se reduce a la abstracción de una nada sin significado.

Únicamente los cimientos de la ciudad habían sido ideas conforme al punto de fuga, partiendo el punto mismo a gran velocidad, quedando los hombres sin el porvenir del establecimiento humano, apartados de la originalidad de la selva, a mitad de una llanura extensa, similar a un punto crecientemente gigantesco, el que de todo carece, incluso del punto mismo y de la conversión del punto en superficie habitable, sin la posibilidad siquiera remota de los planos envolventes contruidos con armonía para la protección y el desarrollo de la vida, donde pudiera idearse por primera vez la composición de la palabra y su música.

El punto de la destrucción, apenas al comienzo, acabó por destruir el punto fundamental en el que todo se apoya y principia. La dispersión del punto primero favoreció entonces que el origen de la Creación se reiterara a cada instante cotidianamente, contradiciendo a los constantes destructores de las ciudades, y de los jardines que de las ciudades parten destruidos a fin de envolver a las ciudades, y que a las ciudades borran como pudiera borrarse un punto imperceptible en una hoja de papel en blanco.

Vi hacia ese lugar que es todos los lugares concentrados en el área y el volumen mínimos que pueda imaginarse. Y ahí vi mi presencia en lo inexistente del sitio, y vi también una escalinata imaginaria por la que, la Ciudad de la Luz, que aún no había sido edificada, sin duda cierta mucho antes de que yo y los demás hombres y el Mundo y el Universo fuésemos, ascendía impulsada por la convocación.

La Ciudad, con los ropajes de la Novia, escuchó dentro de sí la palabra amorosa de quien la aguardaba en la cumbre y, aún sin ser, ya estaba al lado del Esposo y de su Gracia, que la forma y reviste con su propia perfección gratuita. Adornada con las joyas creadas por el propio Esposo, éste alejado y próximo a la Novia antes de ascender Ella a la altura, sin que haya modo de distinguir las distancias y su falta, la Novia aligera su marcha mediante el peso de las esmeraldas y los diamantes y las perlas con que Ella se cubre más abundantemente a cada instante, al recibir la lluvia de obsequios destinados al vestido de la ceremonia nupcial.

Fue entonces cuando comenzó el preparativo de las fiestas. Donde nada hubo sobrevino la abundancia que ya existía previamente, se diría que sin antes jamás haber existido, con el convencimiento de que nunca jamás volverá a ocurrir, salvo por la prolongación de la substancia infinita propia del instante, durante el que los Esposos se encuentren.

Y sin embargo tuve ocasión de mirar al otro extremo, distrayéndome de los movimientos de la Novia, que ascendía. La figura subía la escalera desdoblada en multitud de formas, convertida en una ciudad de ciudades sobrepuestas, las cuales avanzaban cada fracción de cada instante, debiendo hablarse de la perfección de una y otra y otra de las figuras en ascenso revestidas de piedras preciosas que, a cada transfiguración de la Novia, se acumulaban, aligerándose más el paso de la Ciudad a medida que sobre Ella aumentaba la carga de su riqueza. Miré en sentido opuesto, rumbo a la profundidad, y de la Novia sólo sentí el impulso de su voz serena que en silencio me hablaba, haciendo que yo la viera a pesar de no mirarla.

En el abismo, las tinieblas se inflamaron con el enrojecimiento repentino de las llamas. El fuego se extendió al atardecer sobre las montañas y cubrió el cielo de extremo a extremo, sorprendiendo la intensidad de los colores rojos desde el horizonte circular y hasta el cenit. Prestó atención mi mente divagada y perdió de vista la figura en movimiento, y dejó de ver cada una de las partículas del trazo de la Doncella, adornada con tanta gracia.

Su ascensión progresiva y sin fin a la cúspide ascendente, estando Ella inmediatamente ante mí, a fin de arrastrarme consigo e introducirme a la Ciudad y al Palacio, que son la Novia misma, se borró al instante, cuando sobrevino ese incendio del Universo. Entonces comprendí que ocurría la transfiguración de todas las cosas que ante mi vista desfilaban, siendo la figura de cada instante en sí el movimiento y la suma de los movimientos y de sus sonidos, esas explosiones de serenidad.

Dejando de ver, por el enrojecimiento que me envolvía y por su estrépito, de pronto vi bajo mis pies la obscuridad, como si las tinieblas, antes conocidas por mí, relativamente

* De la obra *El final de los Tiempos*, integrada por ocho libros de carácter interminable; del libro primero: *El final de los Tiempos*. La obra, en proceso, se escribe con el patrocinio del FNCA (1990-1992).

fueran luminosas, ascendiendo desde el abismo una tiniebla, que jamás había presenciado, la cual invadió al valle donde yo me encontraba, llegando hasta el sitio con una furia más temible que la del huracán. Al instante volvió la calma y ya no pude ver nada frente a mí y en la escalinata de la montaña, rumbo a las alturas que me habían arrebatado.

Luego vi a lo lejos, a gran distancia, una silueta humana que paseaba por la pradera y por los bosques, al borde de la penumbra. Era apenas un punto, como el vértice de tres líneas y tres planos que allí se reunieran. Y en ese punto vi que una mujer miraba con suavidad mi distante presencia, casi sonriendo, como una Venus, que para mi tranquilidad del mar surgía.

En un mar espumoso Ella nada su esbeltez perfecta. Sólo tengo miradas de admiración para quien respecto a mí se encuentra tan próxima, a pesar de estar tan lejos. Son, sus ojos marinos, lagos pequeños adornados con tenues dibujos serpentinos. Es su expresión la que ha creado el pintor renacentista cuando descubre la sonrisa de la amada. Sin ver que yo la veo, sabe que la observo minuciosamente. Juega con detenimiento entre las aguas, para que mejor la contemple y así aumente el éxtasis de mi atención. La tersura de sus senos y del triángulo que entre sus muslos se obscurece, próximo a la piel blanca, y morena, cautiva a la tersura del cristalino líquido en el que, flotando, como adormilada, Ella juega para mí.

Me acerco, a pesar de que, encontrándose a tal distancia, en un cubo convertido en punto, se halle tan próxima a mis párpados y a las manos mías, tan niñas, que con las pupilas de los dedos y las yemas a mí la acercan hasta confundirla conmigo. Me acerco más, y la veo a gran distancia, dándome cuenta de que jamás podré estar realmente a su lado, dentro de Ella, siendo Ella misma, aunque fuera de un modo sólo parecido a como lo imaginé.

El favor de tenerme junto había escapado. Mi deseo de cuidarla, de darle mi ropaje, se desvaneció cuando apenas se esbozaban mis aspiraciones. Los dos ancianos, como si supieran, se sentaron uno al lado del otro, ambos junto a mí, sonriendo con la impavidez de una tediosa seriedad que no querían, esperando, creo, que yo iniciara mi veloz partida, emprendida incluso antes de que ellos y yo así lo supusiéramos.

Me sedujo la idea de mirarla nuevamente. Tomé rumbo, rumbo al mar, dejándome llevar por las cascadas y los ríos, donde luché sin prestar atención contra las serpientes de las aguas. El recorrido se hacía demasiado largo antes de comenzar cada etapa de mi viaje, para luego darme cuenta, ciertamente, de que una y otra extensiones eran excesivas. Mi fatiga me impedía seguir, y sin embargo con mayor impulso proseguía. Esta otra imagen se había borrado también de mi mente, pero recordaba mi gusto por mirarla.

En medio de las selvas, en varias ocasiones, al cruzar la longitud de los lagos enormes, los reflejos desde la profundidad oscura me atraían mediante el resplandor de la imagen, que ahí mi espíritu de pronto imaginaba inútilmente. Volví en mí, con la desesperación apagada y el deseo de continuar, pues el mar ya se encontraba más próximo de mí que antes. La vería de nuevo, y mi deseo era verla y estar siempre con Ella.

Of luego una conversación entre los dos ancianos, quienes con la longitud extensa de las uñas curvadas una al otro

las uñas acariciaban, mientras una multitud de seres humanos de todas las edades, desde la más tierna infancia hasta edades que acumulaban los siglos anteriores a la Historia, paseaba en círculos conforme a la lentitud admirable de un canto lento e inexpressivo, que reza en varias, infinidad de voces infinitas como sigue.

Presté atención al hombre y a la mujer, ellos cubiertos con enormes hojas, que habían perdido el verdor de los arbustos, del jardín donde fueron arrancadas para preservar la inocencia de haberse traicionado, lo cual deduje por su charla cíclica, que los círculos de hombres canturreaban en los círculos de una espiral sin fin, la que se acumulaba sobre sí misma.

Ellos, los dos a un tiempo, repitiendo los coros en número infinito, al mirar todos los presentes al fondo de mis ojos, unos a otros se dijeron, como si en mí descubrieran mi nombre por vez primera, al comprender mi aislamiento, conforme yo en ellos lo miraba.

Más cerca, el enorme perro negro, junto al árbol continuaba la vigilancia de los dos ancianos y de mí, interesado en el canto, sobre todo cuando los dos ancianos advirtieron que habría que preparar alguna ceremonia para el momento en el que yo, al fin, descendiera al mar y a su profundidad.

Madre, padre mío: elevemos nuestras voces quedas y alargadas al grado de la pasión perdida, dijeron a dúo, y el coro repitió de la última a la primera palabra, invirtiendo la lectura de todas y cada una de las letras. Adidrep nóisap al ed odarg la..., repitieron sin cansarse unos y otros grupos vocales, variando las complejidades del tejido musical. Oibas ese, út, se acercó la multitud acumulada, aplastando al árbol, mas no a quien cuidaba que fuera derribado; y se acercó a mí a cantar me al oído, por gracia de Dios siendo yo apenas tocado. Sin embargo, las voces provocaron que mi mente ardiera, cayendo en un estado como de hipnosis, atraído inexplicablemente por la fervorosa frialdad de las voces destempladas, de las palabras y de las imaginaciones a las que me conducían.

Yo bajaría al mar, a celebrar una ceremonia. Me detuve antes de abandonarme al destino de mi descendimiento. Instantáneamente vi de la Novia, que ascendía, los particulares movimientos que a cada momento detenidamente efectuaba. Mi vista se fijó sobre todo en su vestido, y vi que ese vestido era la propia piel de la muchacha, y observé las dos esmeraldas, los rubíes alargados que con exquisita prudencia uno del otro apenas se apartaban, mostrando la grácil sucesión de perlas. Era la misma Novia y era otra; o muchas, idénticas entre sí y muy distintas. Paseaban sus figuras sobrepujadas y disociadas, y se diría que no avanzaba el movimiento de su sobreposición. Caminaban, ahora mismo caminan por una y otra márgenes de los ríos, los que, con la constancia de su paso, dan la impresión, y así lo advierten, que al mar nos lo aproximan.

Aún estoy entre las dunas del desierto y ya imagino las montañas de arena en el fondo del océano. Ahí, la Mujer, ahora única, se encuentra sentada en plena obscuridad, a la que ilumina, iluminándose el agua en torno suyo como podría hacerlo una lámpara de cristal purísimo, cuyo interior retuviera a una libélula al contraer nupcias con un millar de millares de luciérnagas. Un oleaje, mínimo, el paso tenue del aire sobre la superficie, cualquier agitación provocada por la insignificancia

de un pequeño pez, podría ser motivo de que la ilusión se borra. Y el viento es impetuoso y el mar se agita con violencia y son millares de seres los que habitan una gota de agua marina yendo en desbandada u organizadamente.

No cesa la obscuridad en el fondo de las aguas, ni ahí mismo la luz se interrumpe, o no lo sé, puesto que me encuentro al pie de las montañas, donde éstas aún mantienen y agudizan, o declinan, la inclinación de la geografía a sumergirse. Comienza el atardecer y el sol, próximo a ocultarse, colorea con la violencia de los tonos y de los contrastes, estremándose los rojos sobre los rojos y los guindas sobre los violetas. El cielo, descendiendo hasta mí, se compone mediante la formación armoniosamente arbitraria de las nubes. Luego, en el Valle Nocturno se establece la obscuridad de todos los días al término de la mañana.

Presto atención al cerrar los ojos y veo por primera vez a la Mujer Marina, quien reposa única, repetida en muchas otras mujeres distintas que en Ella se reúnen; y a la Novia, desdoblada en su propia diversidad infinita de figuras, mientras asciende a la cumbre de la más alta de las montañas. Ambas de ropajes carecen y se revisten con su propia desnudez. Alejadas una de otra, las tengo ante mí, confundidas, confundiendo la cima elevada y la profundidad oceánica, el resplandor de la atmósfera durante el amanecer y las immaculadas tinieblas del abismo. Mi mente se extravía y da el nombre de la novia a una y otra sin distinción. Mientras, los dos ancianos al fin toman asiento frente al árbol destruido por las multitudes, esperando el inicio de la ceremonia.

Cantemos un himno de glorificación, comienza sin ánimo el tejido de voces carente de tono y de ritmo, adentrándose la composición, sin embargo, en el espíritu de la tragedia, sin que sepamos si ésta es la causa o si es causada. Puesto que la música es el acontecimiento y su revelación. Elevemos la palabra, desciende el dibujo melódico de modo apenas perceptible salvo por la disonancia. Cúbrase de verdor el campo virginal de la Doncella. Sean sus senos silenciosos sellos que acallen la separación de las figuras. Que el distante líquido, la gota adentrada dentro de la gota, oculta bajo la profundidad del mar oscuro, estreche las manos del vapor depositado en el corazón alto de las nubes superiores.

Al callar quienes se esforzaban en la dificultad del canto, los de las uñas curvadas, una y otro aún sentados por primera vez después de tantos siglos, levantáronse y, de sus cuerpos, ayudándose mutuamente, con extremo cuidado se desprendieron de los parcos ropajes que portaban, los cuales, ambos acercándose algunos pasos al mar y a la montaña, obsequian en prenda de amor a la Mujer y a la Novia, quienes los toman y visten, dando la impresión de desnudarse más ahora.

Acepto, cantan las dos jóvenes al unísono; como la vestimenta marchita y deshecha del Jardín Perdido. Única Amada, me confundo en una sola y me divido, y conmigo confundo a quien a mí dedica sus amores. Ven, ven a mí, Esposo mío, pues ya sabré yo recibirte.

Entonces dejo de mirar la sobreposición de la altura. Camino junto a las aguas de un río agitado que paralizó el movimiento como si fuera una fotografía instantánea. Me preparo a revestir a quien de vestido carece, aun a sabiendas de que ponerle ropa sobre ropa significará mostrarla más carente de adornos

y vestidos, y de que esta carencia habrá de deslumbrarme cual si la Doncella Marina ostentara coronas sobrepuestas.

De la nada, las coronas las inventa la propia celebrada. Son coronas que se desprenden una de otra, semejantes a los adornos óseos curvilíneos que la Naturaleza ha dado a ciertas bestias, las que admiramos por su buena compostura, por su gallardía taurina, la tenacidad y su fuerza y el amoroso empeño que ponen en la derrama de la sangre que a Tauro se aproxima. La Novia viste andrajos de hierbas, aunque muestra pedrerías magníficas en las muy bien colocadas coronas. No sólo, sino que Ella misma es el festejo cuya gracia desnuda y coronada nos seduce.

Toquen las trompetas en la profundidad oceánica. Escúchese el sonido agargantado de los trombones y de las cuerdas. Que los platillos choquen silenciosamente uno contra otro estorbados por el agua. Reluzca la luz de las tinieblas marinas. Oñee el inmenso lago, asombrado por ser habitación de la Doncella y Celebrante.

Muy brevemente, en ocasiones, la Mujer y la Novia, apartadas, se distinguen. En el vestido de joyas, en la piel con apariencia de pedrería, de quien asciende muy por encima del mar, en esa cauda blanca de todos los colores, resaltan adornos de ojos nunca vistos, descubriendo yo mi figura repetida entre dos juegos de párpados entrecerrados, desde los cuales, con languidez de fiesta que apenas se inicia, la Novia me mira, invitándome a ser parte del vestido para la celebración.

Me acerco más y observo que en la blancura enojada van y vienen todos los seres humanos de todos los tiempos y todos los lugares, los que han vivido y vivirán, quienes perpetuamente son parte del vestido y de la cauda amplia de la Novia y de su cabellera y sus labios y su frente, siendo todos estos lugares y todos estos seres, y muchos más, pues la noche y el día, entre sí idénticos, y las geografías, con sus alturas y profundidades, y la Naturaleza que los habita; siendo todo esto la Novia y sus adornos, también son su alimento, de modo que, a Ella, la forma exterior de la Doncella la constituye dentro, donde todos más habitamos, encontrándonos más verdaderamente cada uno de nosotros mismos, y siendo más real la realidad que antes observamos en torno a la Novia y en la exterioridad de ese cuerpo intocable, que por lo mismo es tocado por la presencia ideal de todo el Universo, y en la superficie de ese vestido *no* hecho por manos humanas, el que sin embargo constituimos dentro y fuera...

Me interrumpo. Comprendo que me he perdido. Que me he hallado, entretenido en hablar sin darme cuenta, mientras miro la suavidad del viento, cuando el viento acaricia la abundosa cabellera de la muchacha, estando apenas rizado y muy ligeramente enmarañado el lacio pelo que ondulado desciende como el mar en calma, desde la esplendidez de la cabeza debidamente altiva, sobre el largo, esbelto y gracioso cuello de ave atenta que adorna y advierte las curvaturas fuertes de la espalda ancha, semejante a una pirámide trunca invertida, aunque cadenciosa, modelo de perfección.

Basta mirar un rizo, para tener toda la cabellera entre las manos; ésta prolongadamente sigue las líneas de la cauda del vestido, tanto, que, sin fin, el vestido y la cabellera de la Novia son lo mismo, hasta perderse de vista más allá del

horizonte, donde la mirada a la Novia la reencuentra. Aquí y allá, en el vestido encabellado de la Novia soy parte de la ornamentación ideada para que seamos la substancia de la Novia. Me acerco más al rizo escogido en la tela de la pedería, y me asombro de verme situado ahí, estando tú a mi lado, siendo conmigo parte de esta forma que a ti y a mí y a todo arrebató.

Lejos, en otro sitio, rodeada por el agua, la Mujer levanta su mano, extiende el índice y me señala. ¿A quién más llama esta Amada?, me digo en mi confusión. Las multitudes cantan la Sinfonía de *El final de los tiempos* en un ensayo que aún no solidifica. Uno y otro seres de toda la existencia piensan que es el elegido de la Diosa del Mar.

Ambas se apartan y reúnen. Parecen la misma, siendo idénticas y tan distintas. La Mujer es la Novia en la profundidad del agua. La percibo tan mía, estando yo incrustado en el vestido, la cabellera, las carnes y los huesos de la Novia, los que recorro palmo a palmo con todo y todos los demás. ¿Cómo puede atraerme, me digo, si estoy en Ella y soy Ella misma junto con mi acompañante El Universo? Por eso miro a la Mujer, y la miro acercándose aun más, para sentir en mi rostro el dedo con el que a mí frente señala.

Su esbeltez no tiene comparación. Ha adherido sus miembros a la extensa longitud de su cuerpo ondulante. Agita el agua de la profundidad oscura. Es su cabeza la redondez aguda de quien observando con tensa inmovilidad nerviosa, multiplica el nerviosismo de las aguas quietas al agitarlas con la punta de la lengua y de la mirada. Se ha cortado la cabellera, quizá ésta vuelta espuma, la de la superficie del mar, iluminada por el sol de la tarde. Quiere mostrar para mí la lisura curva

de la nuca, y me sorprende al *no* mirar la estela nupcial, salvo abandonada en la cumbre del océano, hacia donde dirijo la vista. En este momento padezco una alucinación.

Creo mirar que la Novia asciende la montaña y que la montaña asciende sobre el nivel del mar, mirándome la Novia en Ella misma, en las yemas de sus dedos, en sus muslos y en su bosquecillo, tomando de sus pechos la leche de la vida, siendo yo un poco su propia mirada y el soplo de sus palabras: acariciado por la proximidad de ser por Ella compartido, mis ojos y todo lo que me constituye en el interior del centro de los ojos de la multitud, los que a la Novia dan su forma y su impulso rumbo a la cumbre alcanzada, en fuga e intangible.

La Novia se reviste aun más y así queda desnuda la impresión amorosa de la armonía perfecta. Jamás conoceré, y ya conozco, me dice un voz a mis espaldas. Me distrae la ondulación serpentina de las aguas. Vuelvo en mí y observo en el fondo del mar a la Mujer Transfigurada. Se desviste para mí de su tatuada piel, mostrándose enteramente como es. La acompañan junto al árbol los dos ancianos, secos sus cuerpos a pesar de tanta humedad, quienes intentan un llanto inlogrado, el cual de todos modos logran al externar la sequedad de algunas lágrimas. La mujer danza luego en torno al árbol y en torno a los dos ancianos y a mí, cuando la oscuridad aumenta en el corazón de las tinieblas. Escribo. Veo a tientes a la Mujer Amada. Las líneas se cruzan y unas líneas desaparecen a otras. Queda el blanco en la página en blanco. Me acerco más, cada vez más, a quien huyendo de mí me cerca y me atrae sin que yo quiera resistirme. □

